

Reseñas

CRISTIANISMO Y REVOLUCIÓN. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina, de Gustavo Morello (EDUCC, Córdoba, 2003).

Por Julio César Moreno

A la larga serie de investigaciones y ensayos sobre “nuestros años sesenta”, como dice Oscar Terán —en su mayoría orientados a la reconstrucción y exégesis de los movimientos guerrilleros de esa época—, se añade ahora el libro *Cristianismo y Revolución - Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, del historiador y sacerdote jesuita Gustavo Morello. Este trabajo, publicado por la Editorial de la Universidad Católica de Córdoba (EDUCC), tiene el mérito de hacer una reflexión profunda y aportar un valioso material documental sobre una corriente de ideas que en su momento tuvo una fuerte influencia sobre sectores universitarios, políticos y sindicales de nuestro país y el resto de América Latina.

Era el “cristianismo revolucionario”, que abrevó en fuentes como la “*nouvelle theologie*” francesa de los años cincuenta, el Concilio Ecuménico Vaticano II de principios de los sesenta y el ejemplo de la revolución cubana. La asociación entre dos figuras emblemáticas del periodo, como Che Guevara y el sacerdote colombiano Camilo Torres —ambos caídos en combate y convertidos por ende en mártires de la revolución latinoamericana— era el eslabón perfecto para justificar un objetivo estratégico (la revolución socialista) y una metodología de acción (la lucha armada).

Y lo que primero llama la atención en este retrato epocal es —como lo señala Horacio Crespo en el prólogo— el altísimo

grado de radicalización política del movimiento inspirado en esas ideas, como así también la gravitación del factor ético. Una acción revolucionaria basada en una ética revolucionaria —en la que la ofrenda de la propia vida era proclamada, aceptada y llevada a la práctica— era la expresión máxima de ese radicalismo político. La experiencia del movimiento Montoneros, que se nutrió en buena medida de jóvenes provenientes de colegios y universidades católicas, de liceos militares y de familias de alcurnia, puso de manifiesto el grado de influencia del cristianismo revolucionario.

Pero, ¿qué había de común entre el cristianismo y la izquierda? Entre las múltiples respuestas que da el padre Morello, hay una que resulta interesante: el “ethos católico anticapitalista” señalado por Max Weber abrió dos direcciones contrapuestas: una tendencia antiliberal, reaccionaria, nacionalista de derecha (cuyo norte era “la restauración de la Cristiandad”), y otra orientada a la emancipación social de los pobres, al bien común, a ese “hombre nuevo” predicado por el mensaje ético-mítico del Che y Camilo. En el medio quedaba un socialcristianismo reformista y posconciliar, que fue rechazado de plano por los militantes del cristianismo revolucionario.

El golpe dado por los cristianos revolucionarios a la base ideológica de los regímenes político-militares de la época fue demolidor, ya que la “defensa de la civilización occidental y cristiana” y el anticomunismo dejaron de ser un argumento convincente para la mayoría de la sociedad, que veía como muchos jóvenes católicos tomaban las armas, se enrolaban en el peronismo y predicaban un “socialismo nacional” cuyo ejemplo más cercano era Cuba.

Los cristianos revolucionarios y montoneros se equivocaron con Perón, que les dio la espalda en 1974, y volvieron a equivocarse cuando pasaron de la guerrilla al terrorismo, a la militarización de la política, a esa “máquina de matar” —como dice el padre Morello— que les quitó el consenso que pudieron tener

en años anteriores. Y se equivocaron, finalmente, en una cuestión fundamental: ellos tenían una confianza absoluta en la victoria, jamás pensaron en la derrota. Y ese exceso de confianza tal vez los llevó al camino de enfrentamiento total con un enemigo que apeló a la más siniestra de las réplicas: el terrorismo de Estado. ¶